

# SERMÓN

PREDICADO EN LA SANTA IGLESIA CATEDRAL DE SAN LUIS POTOSÍ,  
EL 1º DE JULIO DE 1898, AL TERMINAR LOS SOLEMNES  
CULTOS DEL MES DE JUNIO, DEDICADO AL  
SAGRADO CORAZÓN DE JESUS.



*Discite a me quia mitis sum et humilis corde.*

Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón.

MAT. XI, 29.



MI ideal se ha realizado; mis deseos se han cumplido; el éxito más brillante ha coronado mis humildes esfuerzos. El culto del Sagrado Corazón de Jesús se ha difundido de tal suerte por mi diócesi, que es universal en toda su extensión y comprende á todos los fieles que en ella moran. Consagrada por mi inmediato Predecesor al mismo Corazón Déífico, en todas las parroquias florecen las diversas asociaciones y hermandades, que tienen por objeto honrarlo especialmente; y tanto se han multiplicado, que la diócesi entera puede considerarse como una vasta congregación que numera tantos miembros como son sus católicos habitantes. Loado sea el Señor, que me permite aplicar á su Corazón sacratísimo la conocida frase: *Chris-*

*tus vincit, Christus regnat, Christus imperat.* Cristo de veras ha vencido; Cristo reina en esta porción de su grey que redimió con su sangre; Cristo, cuyo corazón palpita de amor por nosotros, impera en todos los corazones de mis fieles.

De cerca ó de lejos, siempre he seguido, con particular interés, los devotos ejercicios practicados en el mes de Junio. Los últimos años, y en especial el presente, en que con tanta solemnidad se han celebrado en mi Santa Iglesia Catedral, he querido tomar parte en ellos, oficiando de pontifical el día del Sagrado Corazón; y hoy, además, he venido á cerrar la serie de sermones con que habéis santificado todos y cada uno de los días que lo componen, dirigiéndoos algunas palabras de estímulo y felicitación.

No voy á pronunciar un panegírico. No voy á añadir uno más á la larga cadena de sermones morales, con que en este santo período os han alimentado hasta la saciedad los fervientes misioneros, de cuyos labios han estado pendientes devotas multitudes. Breve será mi alocución, limitándome á hablaros en términos generales, en su primer punto, sobre el culto al Sagrado Corazón de Jesús. En el segundo, trataré con más detenimiento acerca de sus diversas formas y de las asociaciones á él consagradas.

Quiera el corazón inmaculado de María iluminarme benigno para que dignamente pregone las glorias del Corazón de su Hijo Divino.

AVE MARÍA.

## I

Perplejo se tiene que encontrar hoy día, entre nosotros, el orador cristiano que quiera disertar sobre el Sagrado Corazón. Yo, por lo menos, me confundo y casi no sé qué decir. Abriendo el libro de mis recuerdos, repaso los conceptos que hace más de veinte años vertí desde la cátedra sagrada, y los hallo tan poco acomodados á las circunstancias presentes, que vuelvo á cerrarlo, y me pregunto: ¿qué diré al expirar el siglo XIX, que no sepa mejor que yo mi auditorio? Pude en otra ocasión disertar sobre el desenvolvimiento de los dogmas cristianos, conforme á los principios de San Vicente Lirinense; y aplicando las reglas generales al asunto que nos ocupa, demostrar que el culto moderno al Sagrado Corazón de Jesús, no es más que una consecuencia de lo que definieron los antiguos Concilios. Pude y debí, cuando empezaba á resucitar esta devoción entre nosotros, explicar minuciosamente su objeto, dar la clave para resolver los argumentos en contrario de los Jansenistas antiguos y de los filósofos modernos. Pero, ahora que cada jueves os reunís á practicar la *Hora Santa*; que cada primer viernes os congregáis á adorar al Corazón de Jesús; que á menudo tenéis sesiones de las diversas Hermandades á él consagradas

y á que todos pertenecéis, ¿de qué podré hablaros, que no tengáis perfectamente estudiado?

Sabéis que el objeto de nuestro culto es el Corazón de Nuestro Salvador, no separado de su cuerpo, sino formando parte de su santa humanidad y unido hipostáticamente á la divinidad; no muerto, como la reliquia de un héroe ó de un santo, sino vivo y palpitante, á la diestra del Eterno Padre en el cielo, en la augustísima Eucaristía sobre la tierra. Sabéis que lo veneramos como símbolo de los afectos internos de Jesucristo y, en especial, del inmenso amor hacia nosotros. Sabéis que lo consideramos padeciendo por el género humano, traspasado por la lanza y con ella remachado á la Cruz, si me es lícita esta nueva expresión, y emblema también del dolor. Los errores, heréticos ó filosóficos, contra estas prácticas se han disipado, y sería fuera de propósito luchar contra vanos fantasmas. Parece, por tanto, que nada me queda que deciros; y, sin embargo, hay mucho todavía de que hablar, verdades siempre antiguas y siempre nuevas que poner ante los ojos de los devotos del Sagrado Corazón.

Quiero, pues, presentároslo como manso y humilde, según sus propias expresiones; y que, como tal, se ofrece no sólo á nuestra adoración, sino á nuestra imitación, *discite a me quia mitis sum et humilis corde*. La mansedumbre y la humildad deben ser el prototipo de los adoradores del Corazón de Jesús, no sólo como individuos, sino como miembros de las diversas sociedades que tienen por objeto su culto.

Símbolo del amor, y símbolo del dolor es, como acabamos de ver, el Corazón de Nuestro Salvador: símbolo de amor en la Sagrada Eucaristía, símbolo de dolor en la Cruz. ¿Bajo cuál de estos emblemas prefiere la Iglesia que lo consideremos?

Si consultamos el origen de la devoción, parece que ambos son igualmente esenciales. «Bien sabéis, decía la Bienaventurada Margarita María, que sin el Santísimo Sacramento y sin la Cruz, no podría yo vivir ni soportar mi larguísimo destierro.»

En efecto, á quien ama al Sagrado Corazón, no le basta contemplarlo en efigie, ni arrodillarse al pie de sus imágenes, ni acercarse á ellas, ni estrecharlas contra su pecho. Teniendo en la hostia sacrosanta, no la efigie, sino la realidad, hacia ella se siente atraído y penetra en el templo, ya solitario, ya henchido de fieles, y se acerca al altar, y se postra ante el tabernáculo, y quisiera penetrar en ese estrecho recinto en que late el Corazón divino, objeto de su amor.

Pero, qué digo? No es posible al alma fiel penetrar en el Sagrario; pero ahí está el sacerdote del Altísimo que lo abre, y que toma en sus manos el cuerpo de Nuestro Redentor, y que lo aproxima al devoto cristiano, no para reclinarlo simplemente sobre su pecho, sino para llevarlo á sus labios, é introducirlo en aquel templo vivo de Dios, y poner en contacto los dos corazones, y hacer que se confundan sus latidos, más de cerca y más íntimamente que con Juan el Evangelista, con Juliana de Falconieri, ó con otras vírgenes privilegiadas del Señor.

En esta íntima comunicación, el Corazón de Jesús dice al corazón del devoto cristiano, lo que hablaba á la Bienaventurada Margarita, aunque no sea del mismo modo sensible ni con idénticas palabras: «Quiero que tu corazón me sirva de asilo, para retirarme á morar á mi sabor, cuando los pecadores me persigan y me arrojen de su morada. Cuando te dé á conocer que la justicia divina está irritada contra ellos, vendrás á recibirme en la Sagrada Mesa, y colocándome en el trono de tu corazón, me adorarás postrada á mis pies, y me ofrecerás á mi Eterno Padre, para aplacar su ira justísima é inclinar su misericordia á perdonarlos.» Al oír, más ó menos distintamente, estas frases, ¿quién no se siente movido á contribuir, por su parte, á la reparación de tantas injurias, sobre todo por medio de la comunión, de esa comunión llamada por excelencia reparadora, á que están acostumbrados los que me escuchan?

No paran aquí los pasos progresivos del devoto del Sagrado Corazón de Jesús. Acercársele es el primero; estrecharlo á su pecho, el segundo; desagraciarlo, es el tercero; y, por último, el deseo de extender su reino sobre la tierra, es el cuarto escalón, inflamándose en ese santo celo que infunde la comunión frecuente, y que es la señal característica del verdadero devoto del Sagrado Corazón. Hela aquí, como símbolo del amor, del amor á Jesús en la Eucaristía. Veámosla, ahora, como símbolo del dolor, del dolor en la Cruz sacrosanta del Redentor.

*Amor meus crucifixus est*, exclamaba San Ignacio

Mártir, y en estas palabras del insigne Obispo de Antioquía, del discípulo de los Apóstoles, de la gloriosa víctima del Anfiteatro Romano: *mi amor es el que fué crucificado*, se sintetiza el culto que profesamos á Cristo enclavado en la Cruz. De tres cualidades consta este culto, según los maestros de espíritu y los autores ascéticos mejor versados en esta divina ciencia, y son: *conocimiento, amor, imitación*. De poco nos servirá contemplar el crucifijo, de poco meditar en la historia de su pasión, si no investigamos el origen de sus padecimientos, á semejanza de los geógrafos y viajeros, que no se juzgan conocedores de un río, si no han explorado sus manantiales. También los judíos y los paganos contemplan las llagas de Nuestro Divino Salvador, ¿y qué provecho sacan de esta contemplación material? Para conocer á Cristo crucificado, es preciso recurrir á su corazón, entrar por la llaga del costado, y beber allí los secretos celestes, como Juan en la última cena. Allí conoceremos los tormentos de ese divino corazón al verse traicionado, vendido, torturado por sus íntimos amigos; al leer en ese libro de lo porvenir, á Él sólo abierto, la historia de su Esposa, la Iglesia, padeciendo como él, hasta el fin de los siglos, el mismo abandono, la misma ingratitud, las mismas traiciones.

Ese corazón nos moverá al amor y abrirá á la confianza las puertas de nuestra alma, que de otra suerte permanecerían cerradas, si no viésemos más que sus tormentos, y la ira del Eterno Padre desencadenada sobre su Hijo Unigénito, en castigo de nuestros pecados.

No bastan el conocimiento y el amor. Cristo padeció por nosotros, dice San Pablo, dejándonos su ejemplo para que sigamos sus huellas. Pero, ¿cómo es posible amar la cruz por la cruz, el sufrimiento por el sufrimiento? Para ello sería preciso un milagro de gracia, que no tenemos derecho á esperar; pero el amor todo lo facilita; el amor hace dulces los tormentos más atrozés; *un amor crucificado*, como decía la Beata Margarita, *exige crucificados de amor*. Presentada por su corazón sacratísimo, la cruz tiene encantos indefinibles. El amor exige que nos asemejemos al objeto amado, y un amor enclavado en la cruz, nos hace necesariamente extender los brazos para quedar de ella pendientes con nuestro amor. Símbolo del dolor es, por tanto, la devoción al Sagrado Corazón, y lo es de tal suerte, que sin él no es posible el culto de la Cruz, que sin él ésta se convierte en un instrumento inerte, incapaz de movernos al amor ni á la imitación. Tal es la conclusión que sacamos de las palabras de la Bienaventurada Margarita María; tal la que deducimos de los libros de tantos ascéticos escritores, que han dejado correr la inspirada pluma en los últimos tiempos, en alabanza del Sagrado Corazón.

Si de la Iglesia se trata, conoceremos su mente consultando su sagrada Liturgia. Dos *oficios* ha mandado ó permitido que á su nombre recen sus ministros, desde que, bajo la forma actual, se estableció el culto del Sagrado Corazón. De la comparación de uno y otro, siquier superficial, podremos descubrir bajo qué aspecto prefiere que consideremos el Corazón de Jesús.

*Amor y sufrimiento* respiran ambos; la Eucaristía y la Pasión, forman el asunto de uno y otro; pero, ó me engaño grandemente ó prevalece en las preces que actualmente nos manda rezar, el sentimiento del amor. Venid, adoremos á Cristo que padeció por nosotros, *Christum pro nobis passum, venite adoremus*, nos mandaba cantar al empezar los Maitines Clemente XIII; mientras que Pío IX y León XIII, nos invitan á adorar el Corazón de Jesús, víctima de su amor por nosotros, *Cor Jesu, charitatis victimam venite adoremus*. Antes hacía resonar las bóvedas del Templo, terrible invectiva contra la cohorte, tan cruel como soberbia, de nuestros crímenes, que hirió el pecho inocente de nuestro Salvador; contra nuestros pecados, que dirigieron la lanza del soldado y aguzaron su acerada punta.

En ut superba criminum  
Et sæva nostrorum cohors  
Cor sanciativ innocentis  
Merentis haud sane Dei.  
Vibrantis hastam militis  
Peccata nostra dirigunt;  
Ferrumque diræ cuspidis  
Mortale crimen acuit.

Ahora, los suaves ecos del órgano nos invitan desde luego á la confianza y al amor, cuando acompañan el himno meliflúo, que empieza con estas consoladoras palabras: Acercaos al manso corazón de Jesús que, cual inocente cordero, se entregó á sus verdugos, á ese corazón abierto por la lanza. Acercaos cuantos buscáis